



## I

### El preceptor Karl Ivanovitch

EL 12 de agosto de 18... al cumplir exactamente el tercer día después del décimo aniversario de mi nacimiento, en celebración del cual había recibido magníficos regalos, Karl Ivanovitch me despertó á las diez de la mañana, con un fuerte golpe que dió por encima de mi cabeza con su espanta-moscas hecho con tiras de papel de azúcar atadas al extremo de un bastón. Pero lo hizo con tan mala maña, que dió con el maldito artefacto contra la imagen de un ángel suspendida á la cabecera de mi cama de roble, de modo que la mosca que mató cayóme sobre la cabeza. Saqué la nariz fuera de las sábanas y con la mano detuve el balanceo de la imagen, tiré al suelo la mosca muerta y me quedé mirando á Karl Ivanovitch con mirada de enojo, aunque soñolienta todavía. Y el preceptor, con su bata de la mañana, de colores chillones, apretada al cuerpo por un cinturón de la misma tela, con su gorro rojo de punto y con borla, con sus botas de piel de cabra, seguía paseándose tranquilamente á lo largo de la pared, apuntando á las moscas y matándolas con su maldito instrumento.

«Verdad que soy pequeño, yo pensaba; pero, por qué ha de venir á molestarte precisamente á mí? Por qué no se va á matar moscas en el lecho de Volodia? No será porque no las haya! Lo cierto es que Volodia es mucho mayor que yo; yo soy el más pequeño, y he aquí por qué me atormenta. Se pasa la vida entera,



seguí yo murmurando, en busca de lo que pueda hacer para enfadarme. Bien ha visto que me ha despertado y aún que me ha



asustado, mas él como si de nada se hubiese percibido... el mal hombre! Y qué feo está con su bata y con su gorro de borla!»

Mientras yo exhalaba así, dentro de mí mismo, mi despecho contra Karl Ivanovitch, éste se acercó á su cama, miró el reloj que tenía puesto en una especie de pantufla bordada de perlas colgada junto á la cabecera, tiró el espanta-moscas, y volviéndose hacia nosotros, y al parecer de muy buen humor:

—Vamos, hijos míos, vamos... ya es hora. Vuestra madre está ya en el salón,—exclamó con su magnífica voz de alemán y en lengua alemana; después, acercándose á mí, se sentó á los pies de mi cama y sacó la petaca de su bolsillo. Yo me hacía el dormi-

do. Karl Ivanovitch empezó por tomar un polvo, después se restregó la nariz, se sacudió las manos y finalmente se acordó de mí; se puso á hacerme cosquillas en las plantas de los pies, mientras decía, con una angelical sonrisa y siempre en alemán:—Anda, anda, perezoso!

Aunque me daban horror las cosquillas, me estuve quietecito y no le contesté; me metí todavía más adentro en el lecho, dando patadas con todas mis fuerzas y haciendo lo posible por no reirme.

«Cuán bueno es, y cuánto nos ama! exclamé dentro de mí mismo; no sé cómo pude pensar de él tanto mal!»

Estaba enfadado conmigo mismo y con Karl Ivanovitch; y quería á la vez reír y llorar: me sentía nerviosamente excitado.

—Bah! dejadme ya, Karl Ivanovitch,—acabé por gritar, llenos de lágrimas los ojos, sacando por fin la cabeza de debajo la almohada.

Karl Ivanovitch, sorprendido, dejó en paz las plantas de mis pies, y me preguntó con cierta inquietud qué es lo que tenía, si había quizás sufrido un mal sueño... Su noble figura alemana y la ternura con que pareció interesarse por la causa de mis lágrimas, hicieron desbordarlas en abundancia. Sentí remordimiento, y no supe darme cuenta de cómo, un minuto antes, había podido odiar á Karl Ivanovitch y hallar tan horrorosa su gran bata y tan feo su

gorro de borla. Ahora, por el contrario, todo me parecía en él encantador, y hasta la dichosa borla parecíame una prueba evidente de su bondad. Dile que lloraba porque había tenido un mal sueño... que mamá había muerto y que la iban á enterrar. Todo eso lo inventé, pues no recuerdo que hubiese soñado nada aquella noche; mas, cuando Karl Ivanovitch, conmovido por mi relato, empezó á consolarme y á tranquilizarme, parecióme que había tenido de verdad aquel sueño horroroso, y entonces corrieron más abundantes mis lágrimas por esta causa.

Cuando Karí Ivanovitch me hubo dejado y sentándome sobre el lecho empecé á vestirme las medias, mis lágrimas disminuyeron mucho; pero los negros pensamientos evocados por el sueño que había inventado no querían abandonarme. Nuestro diatka (1) Nikolai entró en aquel momento—era un hombre pequeño y limpio, siempre serio, puntual, respetuoso y gran amigo de Karl Ivanovitch. Me trajo los vestidos y el calzado: botas altas para Volodia, para mí los insoportables zapatos con grandes lazos. Me dí vergüenza de que me viese llorando; además, el sol de la mañana brillaba ya alegremente en la ventana, y puesto Volodia ante su jofaina imitaba los gestos de María Ivanovna, la institutriz de nuestra hermana; reíase de tan buena gana que hasta el serrote de Nikolai, con la toalla al hombro, el jabón en una mano y el jarro del agua en la otra, sonreíase diciendo:

—Basta, Valdimiro Petrovitch, ya es hora de que os lavéis.

Toda mi tristeza se disipó de pronto.

—Estáis listos?—se oyó cómo desde el fondo de la sala de estudio decía la voz de Karl Ivanovitch, una voz de entonación severa, sin aquella especial expresión de bondad que me había hecho llorar poco antes. En la clase, Karl Ivanovitch era otro hombre: era el preceptor. Vestíme rápidamente, me lavé y apenas hube dejado el cepillo, alisando con la mano mis cabellos húmedos todavía, acudí presuroso á su llamamiento.

Karl Ivanovitch, los anteojos sobre la nariz y con un libro en la mano, hallábase ya sentado en su sitio de costumbre, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta había dos pequeños estantes, uno era el nuestro, otro era el *suvo*, el de Karl Ivanovitch. En el nuestro hallábanse toda suerte de libros de estudio, unos derechos, otros tirados; únicamente dos gruesos volúmenes encuadernados de rojo se hallaban correctamente apoyados en la

(1) Diatka—criado, siervo ó libre, encargado de servir á los niños en las casas principales.



pared, y en su lomo se leía *Histoire des Voyages*; había también libros largos, gruesos, delgadísimos, hasta libros sin cubiertas, y cubiertas sin libros, todo lo cual arreglábamos de cualquier modo cuando ciertos días, antes de las horas de recreo, se nos mandaba poner en orden la «biblioteca», como pomposamente llamaba Karl Ivanovitch á ese pequeño estante. La colección de libros que había en el *suvo*, si bien no era tan numerosa como la nuestra, era todavía más variada. De tres me acuerdo sobre todo: un folleto alemán, sin encuadernar, tratando del abono de los terrenos destinados al cultivo de las coles; un volumen de la historia de la guerra de los Siete años, en pergamino con una de las puntas quemada; y un curso completo de hidrostática. Karl Ivanovitch pasábase una gran parte del tiempo leyendo, hasta el punto de echarse á perder los ojos; mas, fuera de esos libros y del periódico *L'Abelille du Nord* no leía nunca otra cosa.

Entre los objetos colocados en *su estante*, uno sobre todo me recuerda siempre á Karl Ivanovitch. Era un rodela de cartón, montada sobre un pie de madera, entorno del cual giraba. Sobre la rodela había pegada una pequeña estampa representando la caricatura de una dama y su peluquero. Nuestro preceptor era habilísimo en eso de pegar figuras, por lo que él mismo se había fabricado tan hermosa rodela para guardar de la luz demasiado viva sus débiles ojos.

Hoy todavía paréceme ver su larga figura, con su gran bata de colores chillones y su casquete rojo por debajo del cual escapábanse unos rizos de cabellos blancos: sentado ante una pequeña mesa sobre la cual está colocada, lanzando una mancha de sombra sobre su rostro, la rodela con el peluquero. En una de sus manos tiene un libro, y la otra apóyala sobre el brazo del sillón; á un lado el reloj, en cuyo cuadrante hay dibujado un picador, el pañuelo de cuadros, la tabaquera negra y redonda, el estuche verde de sus anteojos... Todos esos objetos se hallan siempre dispuestos con tan excelente orden, que en esto únicamente se adivina ya que Karl Ivanovitch es hombre que tiene la conciencia pura y el alma tranquila.

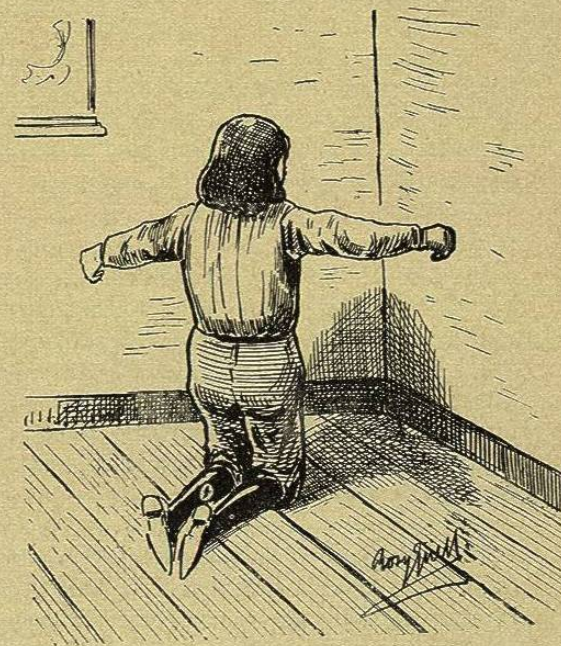
Muchas veces, cansados de corretear por abajo, por el salón, nos íbamos arriba quietamente, sobre la punta de los pies, y sin hacer ruido nos metíamos en la clase, donde Karl Ivanovitch se hallaba entonces solo, sentado en su sillón y leyendo, con expresión de un grande y solemne sosiego, alguno de sus libros favoritos. Algunas veces, sin embargo, le sorprendí sin leer: los anteojos se habían deslizado hasta la punta de su gran nariz aguileña,

sus ojos azules medio cerrados miraban con una expresión particular y sus labios sonreían tristemente. En la sala reinaba el más absoluto silencio, no se oía más que su respiración y el tic-tac del pequeño reloj.

Algunas veces ni siquiera reparaba en mí, y entonces yo pensaba: «Pobre, pobre viejo! Nosotros somos muchos, y jugamos y nos divertimos; mas él no tiene á nadie, nadie piensa en él. El dice, y es la pura verdad, que es huérfano... y cuán terrible la historia de su vida! Recuerdo que un día la conté, toda entera, á Nikolai. Ha de ser horroroso hallarse en su situación».—Tanta pena me daba, que me acercaba á él y le decía, mientras le alargaba amistosamente la mano, hablándole en alemán: «Oh, mi querido Karl Ivanovitch!...» A él le gustaba infinitamente que le hablase así, y me acariciaba descubriendo sin reparos su emoción.

En la pared del otro lado estaban colgadas varias cartas geográficas ó mapas, rotos casi todos, pero hábilmente recompuestos por la mano de Karl Ivanovitch. En la otra pared, en la que estaba la puerta de entrada, había colgadas á un lado dos reglas: una llena de cortes y muescas, la nuestra; la otra casi enteramente nueva,

la *suva*, y la cual empleaba más para *estimularnos* que para trazar líneas; al otro lado de la puerta había un gran cuadro negro, en el cual se marcaban nuestras faltas, las grandes por medio de un círculo, y las pequeñas por medio de una cruz. A la izquierda de





este cuadro estaba el rincón donde se nos ponía en penitencia, de rodillas.

Qué bien recuerdo ese rincón! Recuerdo perfectamente la portezuela del calorífero y el ruido especial que hacía al abrirse y al cerrarse. A veces, me tenía tanto tiempo en penitencia, que la espalda y las rodillas me hacían gran daño, y yo pensaba: «Karl Ivanovitch se ha olvidado de mí. El se está muy bien sentado en su sillón, naturalmente, leyendo en sus libros de hidrostática... Mas, y yo?»—Entonces para que pensase en mí, abría y cerraba suavemente la portezuela del calorífero, ó bien me entretenía en arrancar y hacer caer al suelo pequeños trozos de yeso de la pared; pero, si el trozo era demasiado grande y hacía mucho ruido al caer, entonces el miedo que se apoderaba de mí era peor que todo. Miraba á hurtadillas á Karl Ivanovitch, quien permanecía quieto con su libro en la mano, como si no se percatase de nada.

En medio de la sala había una mesa cubierta con un encerado negro, roto por infinidad de partes y por las cuales se veía la madera de la mesa llena de cortaduras hechas con cuchillo. Entorno de la mesa había algunos taburetes de madera sin pintar, lustrosos ya por el largo uso. En la pared que cerraba la sala había tres ventanas, y he aquí la vista que podía disfrutarse por ellas: debajo precisamente de la primera había una calle, cuya menor piedra, cuyo rincón más insignificante y cuyos menores accidentes me eran desde hacía largo tiempo tan conocidos como muy queridos; más allá del camino, extendíase la alameda de los tilos, cortados todos iguales, y por detrás de ellos se distinguía, á trechos, la cerca del jardín; más lejos estaba la pradera, con las grandes pilas de heno á un lado, y enfrente el depósito de la leña; más lejos, la pequeña casa del guarda. Por la ventana de la derecha se distinguía un buen trozo de la terraza, donde las personas mayores sentábanse mientras aguardaban la hora de la comida. Muchas veces, mientras Karl Ivanovitch corregía mi dictado, se me ocurría mirar hacia ese lado, y distinguía en la terraza los negros cabellos de mamá, entreveía luego la sombra de alguna otra persona y con frecuencia llegaba hasta mí el rumor vago de voces y de risas; entonces sentía un gran enojo de no poder hallarme allí, y pensaba: «Cuando sea persona mayor ya no tendré que dar lecciones, y me pasaré todo el tiempo del día, no aprendiendo de memoria diálogos, sino hablando con las personas que yo quiero». Mi despecho se trocaba al fin en tristeza, y tan absorbido me quedaba, pensando profundamente Dios sabe en qué,

que ni siquiera oía á Karl Ivanovitch enfadarse por mis faltas de escritura...

Karl Ivanovitch se quitó la gran bata, se puso un traje azul, muy planchado y con altas hombreras, se arregló la corbata delante del espejo y nos llevó al salón á dar los: Buenos días! á mamá.





## II

### Mi madre

MAMÁ estaba sentada en el salón sirviendo el té; en una mano tenía la tetera, y en la otra la llave del *samovar* del cual fluía el agua, desbordándose de la tetera sobre el plato; pero mamá no se percibía de nada, aunque parecía estar fijamente mirándolo; bien es verdad que tampoco notó nuestra entrada en el salón.

Cuando se trata de evocar la imagen de un ser querido, tantos son los recuerdos del pasado surgiendo de improviso que tras de ellos, como tras de un velo de lágrimas, apenas si la distinguimos... Esos recuerdos son las lágrimas de la imaginación. Cuando quiero recordar á mamá tal y cómo era en esa época, no acierto á ver más que sus ojos de un oscuro matiz, con su expresión eterna de bondad y de afecto; la pequeñísima peca de sus mejillas, que medio cubrían los rizos finísimos de su cabello; su mano suavísima y muy delgada, que me acariciaba con frecuencia y que yo besaba cuantas veces podía; su cuello blanco bordado... en fin, no pocos detalles de su adorable persona, pero la expresión general se me escapa siempre.

A la izquierda del diván, había un antiguo piano inglés, de cola; ante el piano estaba sentada mi hermana, una niña morena, Lubotchka, la cual con sus rosados deditos, recién lavados con agua fría, tenía puesta toda su atención en el estudio de un trozo de Clementi. Tenía once años y llevaba una falda corta, por deba-

jo de la cual le salían los blancos pantalones con puntilla; sentada á un lado del piano, aunque medio vuelta de espaldas, estaba María Ivanovna, con su cofia de lazadas rosa, su casaca azul claro y su rostro siempre colorado y ceñudo y que tomó una expresión todavía más severa apenas notó que había entrado Karl Ivanovitch. Le miró con gran dureza, y sin contestar á su saludo levantó la voz y con tono más imperativo aun que antes prosiguió cantando, mientras seguía el compás con el pie: *Uno, dos, tres—Uno, dos, tres...*

Karl Ivanovitch no se inmutó por ello, y siguiendo su costumbre, se fué derechamente á besar la mano de mamá, mientras en alemán le dirigía un cortés saludo. Salió ella entonces de su profunda abstracción, sacudió á los lados la cabeza, como para alejar de su pensamiento tristes ideas, alargó la mano á Karl Ivanovitch y estampó un beso en su arrugada sien, mientras él le besaba respetuosamente la mano.

—Gracias, querido Karl Ivanovitch, dijo mamá en alemán, y también en la propia lengua preguntó: Han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo completamente de una oreja, y además, en aquel momento oía menos á causa del tecleto de la niña y el canturreo de la institutriz.

Se inclinó más todavía hacia el diván; con un pie al aire y apoyándose con una mano en la mesa, se quitó el gorro y con una sonrisa en los labios, que me pareció entonces la quinta esencia de los buenos modos, dijo:

—Dais vuestro permiso, Natalia Nicolaievna?

Karl Ivanovitch no se separaba jamás de su gorro rojo, por miedo de resfriarse, pues era bastante calvo, pero cada vez que entraba en el salón pedía permiso para estar cubierto.

—Podéis cubriros, Karl Ivanovitch... Os pregunto si han dormido bien los niños,—dijo mamá volviéndose hacia él y levantando la voz.

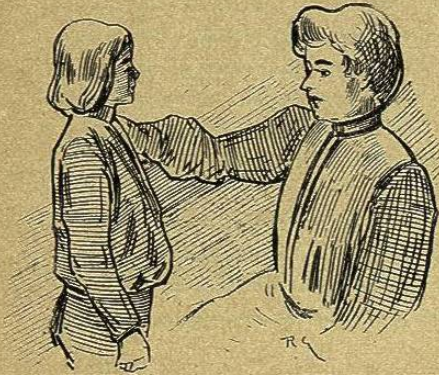
Pero el preceptor tampoco entendió nada, puso el gorro sobre su cabeza y sonrió graciosamente, como para dar las gracias á mamá.

—Parad un momento, Mimi,—dijo sonriendo mi madre á María Ivanovna.—No se oye nada.





Cuando mamá sonreía, aunque era tan hermoso su rostro, parecía aun más hermoso, y hubiérase dicho que resplandecía la alegría entorno suyo. Si siempre pudiese yo entrever esta divina sonrisa en los momentos difíciles de la existencia, estoy cierto de que no sabría jamás lo que es dolor. Paréceme que en la sonrisa únicamente está lo que llaman la hermosura del rostro. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es hermoso; si no lo cambia, es que el



rostro es vulgar ú ordinario; y si lo hace grotesco se puede afirmar que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó un poco hacia atrás, miróme con mucha atención y me dijo:

—Tú has llorado hoy!

Yo no contesté; me besó en los ojos y me preguntó en alemán:

—Por qué has llorado?

Siempre que hablaba cariñosamente con nosotros, hacía mamá uso de esa lengua, que sabía á la perfección.

—He llorado en sueños, mamá,—dije entonces al recordar en todos sus menores detalles el sueño por mí inventado, y sin saber por qué ni cómo temblé á su solo recuerdo.

Karl Ivanovitch confirmó mis palabras, pero guardó silencio acerca del asunto del sueño. Después de una corta conversación sobre el sueño, en la cual Mimi tomó también parte, mamá puso sobre el plato seis trozos de azúcar destinados á los principales domésticos, se levantó y se dirigió á su costurero, colocado al pie de la ventana.

—Vaya! ahora, hijos míos, id á ver á papá, y decidle que venga sin falta á verme, antes que salga al campo.

El piano, el horrible compás y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo, y nosotros nos dirigimos al cuarto de papá, entrando en su gabinete, después de atravesar la pieza que, desde los tiempos de nuestro abuelo, conservaba el nombre de *office* ó cocina.

### III

#### Mi padre

HALLÁBASE de pie, junto á su mesa escritorio, y, mientras iba señalando algunos sobres y pequeñas pilas de dinero, hablaba con mucha animación y mucho calor con nuestro intendente ó mayordomo Iakov Mikailov, quien de pie igualmente en su sitio habitual—entre la puerta y el barómetro—con las manos atrás, no paraba de agitar los dedos en todos sentidos con una rapidez vertiginosa.

A medida que papá se animaba, los dedos del mayordomo agitábanse más aprisa, y al contrario, apenas papá se callaba, quedábanse quietos los dedos; pero cuando era el propio Iakov quien hablaba, entonces sus dedos comenzaban una serie de movimientos desordenados, con cambios súbitos de dirección en todos los sentidos. Según los movimientos de sus dedos, paréceme que se podían adivinar los más secretos pensamientos de Iakov. En cuanto á su rostro, era absolutamente impassible, expresando constantemente la conciencia de su dignidad tanto como una sumisión tan singular que parecía decir: Yo sé que tengo la razón, pero acataré vuestras órdenes.

Al vernos entrar, papá se limitó á decir:

—Aguardad un momento...

—Dios mío, pero qué tienes hoy, Iakov?—continuó dirigiendo-